

REVISTA CORDOBESA,

DE CIENCIAS, LITERATURA, ARTES É INDUSTRIA.

Se publica todos los Domingos.—Los precios son en CORDOBA, 4 rs. al mes.—En PROVINCIAS, 15 rs. el trimestre y 52 al año.—En el EXTRANJERO, 18 y 62.—En ULTRAMAR 24 y 90.

La redaccion en casa de su director Sr. Conde de Torres Cabrera.—Se suscribe en Córdoba, casa del director económico, Sr. D. Rafael Bastida, Plazuela de San Juan, número 22.—Fuera, en las principales librerías.

NOTICIAS CURIOSAS

ACERCA

DE COCHINCHINA.

I.

Lo que los europeos llamamos Indochina, uno de los países mas feraces, ricos y maravillosos del Asia, es una grande y magnífica península situada entre el golfo de Bengala, al Oeste, y el golfo de Siam y Hainan al Este.

Encierra dicha península tres imperios: el Birman, el de Siam, y el de Annám ó cochinchino: los tres se componen de una multitud de pequeños estados, debidos á la conquista, y agrupados todos bajo la misma latitud tropical.

Compónese la *Cochinchina*, propiamente, de Tonquin, del Tchintaule (Champa), y de la mayor parte del Cambodje; y tiene una estension de costa marítima que pasa de 500 kilómetros.

Cinco manantiales conducen al mar el tributo de varios ríos asaz caudalosos. La bahía de Turana es la mas vasta y notable de todo el Asia.

La *Cochinchina* ha sido como sus vecinos trabajada por revoluciones sangrientas producidas por un mismo origen: la democracia rebelándose contra la salvaje y sanguinaria opresion de los Principes del país. La última revuelta data de últimos del siglo XVIII.—Tres hermanos, el uno herrero, el otro jardinero, y pescador el tercero, maquinaron una insurreccion formidable. Dotados los tres de hercúleas fuerzas musculares, y poseyendo mayor instruccion que las gentes de su condicion, se dirigen al pueblo y sus voces son es-

cuchadas. Los grandes, los Principes, el Rey mismo, arrojados del país se refugian en China.

El Rey fugitivo no sabiendo ya á que santo encomendarse, confia sus cuitas y sus apuros á un jesuita belga, el padre Belraino, natural de Bruselas, Vicario apostólico, Obispo de Adrán, y le encomendó al mismo tiempo la educacion de su hijo heredero de la corona. El R. P. jesuita se trasladó á Francia con su egregio discípulo que presentó á la corte de Luis XVI; y á la vez reclamó de dicho monarca auxilios para el padre; á semejanza de Luis XIV su abuelo, Luis XVI soñaba tambien un establecimiento francés en la *Cochinchina* y promete los socorros solicitados. Pero hé ahí que estalla la revolucion de repente, y el Obispo de Adrán regresa á *Cochinchina*, seguido de dos ó trescientos proscritos de todas clases y de todos los oficios. Estos aventureros llegan á las fronteras chinas, forman el núcleo de un regimiento francés, en derredor del cual agrúpanse los amigos y partidarios del monarca derrocado, y los descontentos. Elevan un fortin sobre la costa de Tourana y construyen una flotilla. Pronto la táctica europea da cuenta de los insurgentes. El Rey vuelto á llamar, es colocado de nuevo en su trono; y el obispo de Adrán, que habia contribuido tan poderosamente á rehabilitar al Monarca cochinchino en la posesion y dominio de sus Estados, fué nombrado primer ministro.

Ese estado de cosas duró hasta 1825, El Rey restaurado fallece, dejando el trono á su hijo, cuyo primer pensamiento es el de arrojar de sus dominios á todos los cristianos, y al Obispo el primero, en premio de los cuidados que le habia deparado durante su infancia, así como del

de su educación, sin contar los servicios que había prestado á su régio padre.

Desde aquella época desencadenáronse las persecuciones, y aunque ha habido alguna que otra tregua han sido de corta duración; y todos los misioneros que después de 1825 han venido á regar ese ingrato territorio con su sangre, no ignoraban que al ir cumplían un suicidio. Un Príncipe birman, enviado como embajador á la corte de Hué pocos años há, reprochaba á los cochinchinos el haber expulsado á los RR. PP. de sus Estados, en los cuales introducían artes y reformas de utilidad.

«Al contrario, repuso el Monarca: he ordenado á todos mis mandarines y magistrados de *retenerlos* y enviármelos para acá á fin de ensartarlos en las estacas que se elevan en punta frente á mis ventanas.»

La religion del Estado es el budhismo, mezcla del islamismo, pero un budhismo muy tolerante por mas que se diga. El cochinchino no posee la menor nocion de la Biblia; poco le importa que el mundo haya tenido un principio, y que haya de tener un dia ú otro un término. Limosnas á los *banzos* y *talapones*; allí hay conventos para ambos sexos, que bastan á la tranquilidad de sus conciencias. La intolerancia y persecuciones que se les achaca no proviene de un sentimiento de ódio particular hácia los cristianos, y los rechazan únicamente porque la moral que estos enseñan contraria sus costumbres y prefieren alimentar la esperanza del paraíso de Mahoma, á temer los fuegos eternos del infierno.

El infierno trastorna todas sus ideas, luego el Gobierno les tomó horror porque los cristianos predicán la desobediencia hácia todo lo que no sea cristiano.

II.

El cochinchino es indolente y sóbrio. Se le achaca ser disimulado y vengativo, pero lo es mucho menos que el chino.

El respeto á la soberanía entre ellos es tal, que ninguno osaría informarse de la salud del monarca, y el imprudente que se atreviese á pronunciar su nombre sería acusado de desear su muerte y se le castigaria empalándolo.

Nada en ese imperio pertenece al hombre. El Emperador es el árbitro de todo y de todos. Un sugeto le desagradá.... pronto

el verdugo, el hacha; el cuello queda cercenado y corre la sangre de la victima.

Si acontece que anda la policia sobre las trazas de un ladrón, los municipales se ponen en campaña y atropeyan y estrangulan á cuantos les parece so pretesto de que los que viajan son unos vagamundos.

El Gobierno Annamita quiere que sus súbditos vivan en paz, y tiene oadoptado un sistema para hacerles vivir en buena inteligencia; por ejemplo, se quereullan dos cochinchinos y se vienen á las manos: son conducidos ante el magistrado (siempre mandarin), que arregla las diferencias del siguiente modo: el uno pagará un cerdo al otro, y este contribuirá con tres ó cuatro pares de pollos, y cada cual se proveerá además de una cántara llena de *rack* (especie de aguardiente); se comerá de lo lindo, siendo partícipes el mandarin y la policia, y aquel será conducido de noche á su morada dado caso que habiendo echado en olvido las leyes de la temperancia hubiese perdido la memoria de su domicilio.

La industria, las artes y la agricultura son cosas perdidas en ese país, á pesar de ser tan liberal y fecundamente dotado por naturaleza; todo el tráfico está en manos de los chinos, los judios del Asia. Todo lo importan del celeste imperio.

La Cochinchina posee las mas ricas minas de estaño, cobre, oro, plata, piedras preciosas y de hierro. El suelo es de una pasmosa feracidad. Valles hermosos y extensos; inmensas llanuras de prodigiosa fertilidad, solo piden brazos para labrarlos y producir. Las montañas están pobladas de bosques seculares, donde todas las esencias, las mas preciosas maderas de construcción y de ebanisteria se pudren por falta de explotación. Los cochinchinos solo se ocupan de cultivar el arroz, tabaco y legumbres, y el arroz es artículo allí de una abundancia extraordinaria y superior á todas las clases de Oriente.

El emperador no se dedica mas que á atesorar, y abandona las costas de su imperio á la merced de los piratas chinos y malayos, que las han despoblado grandemente en sus frecuentes escursiones.

Dicen que las riquezas del país se elevan á mas de cincuenta millones de duros mejicanos, tanto en oro como en pedrerias y en perlas de riqueza fabulosa.

Ese guarismo no es exagerado, por

cuanto que aquel Soberano no piensa mas que en explotar á sus vasallos y no pagar á nadie.

Allí no hay caminos. No se conocen ni camellos, ni caballos, ni asnos ni mulas. Los señores solamente poseen algun jumento. El elefante es una montura imperial que ninguno osaria profanar.

Del mismo modo que en la China, se vé allí una poblacion acuática, que nace, vive y muere en los bateles dedicada esclusivamente á la pesca. Respecto á la casa terrestre del cochinchino ¿qué diré? Es la primitiva choza de Nemród: en fin, vamos á dar de ella una idea.

Figuraos una gran cantidad de arbolitos á guisa de perchas, elevadas estacas clavadas en tierra en forma de rotonda; pues bien, á unos siete pies de altura sujetais un entarimado rústico guarecido por un techo formado de toda suerte de ramas, de heno, de paja, hojas de palmera, etc., y hé ahí de que modo, no precisamente edifican, sino plantan una casa. Suele acontecer que cuando las perchas que se fijan son arbolitos jóvenes, la mayor parte suelen tomar raices y echar ramas. Andando el tiempo la casa se eleva, crece con los demás vegetales y llega á ser indestructible; con la inapreciable ventaja de poseer encima de su techo un variado parque; éste se transforma en punto de reunion de cierta gente alada muy chillona, las cotorras, y de otra clase cuadrúpeda muy dañina, los monos, que llevan á veces su malicia á el extremo de abrir una claraboya á fin de observar lo que pasa en el interior, y lo que es peor, regar á los inquilinos con cierta lluvia que huele, pero no á flores.

Esas cabañas siempre protegidas por grandes árboles como *cocoteros*, *mangos* y *plátanos*, los mas delicados vegetales del Asia ecuatorial están plantados en alto para protegerlas de las inundaciones de las fieras, y especialmente contra la mas rica coleccion de reptiles los mas venenosos del mundo, y que pululan en aquel territorio. Para subir á esa grotesca vivienda, una escalera de mano fuera demasiado lujosa y cómoda, y hay que ascender por una especie de asta acrobática.

Por la noche *debajo* de la casa se enciende una hoguera para asfixiar los cínifes.

El techo ahuecado es tan bajo que para dormir despues de la peligrosa ascencion entran sus moradores agachados y se tienen como pueden á descansar, siempre y

cuando que os lo permitan los enormes lagartos y los murciélagos que os acompañan cuando penetrais en dicha madriguera

III.

El Territorio Annamita deberia ser el Paraiso Terrenal, gobernado humana y razonablemente: todo se espende á infimo precio; una gallina cochinchina vale muy pocos cuartos: las frutas que son excelentes están casi de valde, siendo de infinita variedad, desde el árbol del *pan* el *carrosól*, el *guayabero* el naranjo, hasta el *litchi* y el *anon*, que crecen todos espontáneamente en los campos. La base fundamental del alimento de aquellos naturales, es por supuesto el arroz, sazonado con mucha pimienta y otras especias. El vino de palmero está en gran voga. Cada cual hace su cosecha particular en el vecino bosque. Los utensilios de cocina reducen á una marmita y un par de ollas de barro.

El ajuar es asi mismo de los mas sencillos; la etiqueta exige que hagan su tocador en medio de la calle, que se sienten en el suelo y coman con la mano, y cuando esta no basta se lleva uno el plato á la boca, sin andarse en repulgos de empánada, como decirse suele. El cochinchino es fácil de contentar en cuanto á la cocina, prueba de ello que, esceptuando veneno, come todo cuanto le cae á la mano, v. g.: atrapa un lagarto, unos saltamontes, una polla, una rata, un perro ó un loro, tanto le da, todo lo echa junto y vivo á cocer en su marmita, y les dá luego honrosa sepultura en su estómago; sus platos suelen ser hojas de berza, y sus vasos cáscaras de coco: generalmente, visto lo insalubre del agua, y para precaverse contra las disenterias y cólicos cerrados, la beben caliente y esto predispone á la obesidad.

El modo que tienen de calentar el agua es tambien sencillísimo; enrojecen varias piedras gordas ó pequeñas, como salgan á la casualidad, y las echan dentro del agua. Profesan una máxima, la de que: «El fuego lo purifica todo.»

La etiqueta á la mesa marca asimismo que el puesto de distincion de la persona mas caracterizada sea lo mas cerca posible de la salida opuesta de donde comen, costumbre que si bien cuenta sus inconvenientes porque se está espuesto á todos los aires colados, tiene en desqui-

te la ventaja de estar menos apesados que los demás convidados, atendidos los usos harto llanos de aquellos naturales, que siguiendo la costumbre de los Persas, suelen traducir lo mas estruendosamente posible los efectos digestivos de la comida que acaban de hacer.

El cochinchino es de mediana estatura: su tez es moreno oscuro; en unos cobrizo, y aceitunado en otros. Su aspecto es taciturno, su fisonomia es cuadrangular como la de los Mongoles de donde es indudablemente oriundo: ambos sexos se tiñen de negro la dentadura. La operacion se practica á los 10 ú 12 años de edad, y en las 72 horas que dura la operacion están sin comer de miedo de envenenarse.

Con un ligero calzoncillo que no le cubre sino medio muslo, el cochinchino dice muy formal: «que ya está vestido, masca *betel* como un malayo, y fuma tabaco con ópio como los chinos.»

Las mujeres en verdad, aunque no son formadas que digamos, como la de Venus de Milo, con todo, lo son mejor que los hombres, y se cubren con mas decencia, son mas útiles, y excepto el oficio de soldado desempeñan todos los demás que se puedan ofrecer.

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

LA RENDICION DE GRANADA.

Ya la enseña de Islam desde la almena
Dó Mahomet el Bermejo (1) la mostraba
De ilustres hechos y laureles llena
Y en Comarés (2) radiante flameaba,
Que en ocho lunas rechazó serena
El belicoso ardor que la asediaba,
Rindió su esfuerzo y su poder ufano
Al poderoso imperio castellano.

Tramas y competencias y traiciones;
Fatídicos desvelos; esperanzas
Y contiendas perdidas; corazones
Entrégados al ódio y las venganzas;

(1) Mahomet el Bermejo, llamado el venedor y el magnánimo, fué uno de los primeros reyes de Granada.

(2) Comarés: torre principal del palacio de la Alhambra.

Depresion de las áulicas acciones,
Y continuas revueltas y mudanzas,
Cercaban ya cumplido su destino
Al malhadado sólio granadino.

Y el tímido Boabdil (1) dobló la frente
Y de rabí primera al cuarto dia (2)
Viendo el terrible anuncio ya patente,
Y el hondo mal que el misero temia
Convoca y une su agitada gente,
Y un áulico consejo presidia,
Compuesto de Visires y Walies
De sus sábios emires y faquies.

La triste situacion, y el rudo encono
De la contraria suerte les presenta
Que agovia al pueblo y que deprime al trono.
Y aquella turba inerme se amedrenta,
Con voz turbada, con sentido tono
El mal les pinta que el peligro aumenta,
Y les propone en tan cruel debate
Ceder ó perecer en el combate.

Un sepulcral y aterrador desvio
Fué el fruto de esta régia conferencia,
Que en vano con su ardor y noble brio
Quiso animar de Musa la presencia;
Todo el consejo pálido sombrío
Del Zogoibi (3) se pliega á la obediencia,
Y todos temerosos se postraron
Y una honrosa avenencia concertaron.

Abdelmelic, Visir de gran valía
Se decidió partiese, y al cristiano
En nombre de Abdallac que allí regia
Le ofreciese el convenio soberano;
Y cumpliendo con noble bizarria
Aquella comision que aceptó ufano,
Fernando é Isabel lo recibieron
Y un digno asentimiento le ofrecieron.

Gonzalo y Zafra (4) en ademan guerrero
Guiados del Visir en una torre
Penetran de la Alhambra: el altanero,
El menguado Boabdil, al punto corre
A ofrecer su dominio postrimero:
Todo lo cede y triste lo recorre;
Su palacio de Perlas (5) portentoso;
Su régio sólio; su divan precioso.

(1) Boabdil Abuc-Abdallac, último rey de Granada.

(2) Primero de enero de 1492.

(3) El Zogoibi; apodo que aplicaban al Rey los astrólogos: y quiere decir el desventurado.

(4) Gonzalo Fernandez de Córdoba con su secretario Zafra, concertaron la capitulacion.

(5) Llamaban á la Alhambra el palacio de las perlas.

El consejo con ánimo doliente
Y al ominoso pacto resignado.
Escuchaba sumiso y reverente
En su oprobioso y miserable estado:
Al destino culpaba de inclemente,
De tirano cruel y despiadado;
Vueltos los ojos al Genil querido
Y al Dauro perezoso y reducido.

Cuando el altivo y arrogante Musa
Que en su esfuerzo y sus armas confiaba,
Aquel convenio misero rehusa,
Y con aire arrogante despreciaba
La tímida reunion, que vió confusa
Y en sumisa humildad se prosternaba;
Y el almaizar resuelto y animoso
Al brazo relió, y dijo airoso. (1)

«Perros, viles, villanos y traidores
»Los que temeis verter la sangre impia,
»Los que apelais á fieros vencedores
»En este aciago y tenebroso dia;
»Salid: yo os reto á todos, impostores;
»Gente avezada á la maldad sombría,
»Probareis mi valor y mi pujanza
»En el seguro bote de mi lanza.»

«¿Creeis que ese enemigo jactancioso
»Deponiendo su orgullo y su receloso
»Será fiel al contrato, y generoso
»Os brindará la dicha y el consuefoso?
»Nuestro esterminio quiere cauteloso;
»Sangre que correrá por este suelo,
»Y elevará con su villana mano
»De su poder el predominio insano.»

«¿Donde está vuestra honra? si, aberreojadas
»Y en la profanacion mas espantosa
»Vereis vuestras huries humilladas.
»Como trofeo de su rabia odiosa:
»Sin pundonor, sin leyes, las espadas
»Vereis alzar en actitud furiosa,
»Y antes que el rudo golpe ó el amago
»Sufrireis la ruina y el estrago.»

«Quedaos á perecer: que yo animoso
»Me basto solo á contrastar la tierra
»En este suelo lóbrego espantoso
»Que cobardes y pérfidos encierra,
»Halle en la sumision el vil reposo
»El que al nombre de esclavo no se aterra;
»Pues yo sobre los lomos de mi alfana
»Mi libertad adoro soberana.»

Volvió amenazador: salió rugiente
Y lejos de la estancia de Comáres

(1) *Costumbre de los Arabes al entrar en batalla.*

Armado de su peto reluciente
Y de su fuerte lanza, los pesares
Llevó en su indignacion fiera é inclemente,
Y se apartó de sus amigos lares;
Y entre antiguos sepulcros quedó luego
Apagado su espíritu y su fuego.

El sol de enero en la celeste esfera
Derramaba su luz, y los cristianos
En formacion vistosa y placentera
De la vega marchaban por los llanos:
Los gefes presidian en la carrera
Mostrando los pendones castellanos,
Y el estridente son de los clarines
Llenaba de Granada los confines.

De lujo ataviados y ardorosos
Los caballos marchaban: los ginetes
Ornados con sus cascos belicosos
Y templados y recios coceteles,
Con arrogante aspecto y ostentosos
Seguian á las bombardas y mosquetes
Con repetidas salvas saludando
El triunfo de Isabel y de Fernando:

Y Gonzalo, y Pulgar; de los donceles
El noble Alcaide; é inclitos varones;
Con ordenadas lanzas seguian fieles
Cubiertos de sus timbres y blasones:
Y Aguilar; y Chacon con sus laureles
De fuertes y leales corazones:
Que el ansia de lidiar los conducia
Y elevaba su esfuerzo y bizzarria.

Salió en tanto oprimido, contristado
El infelice Rey por la ancha puerta
De la soberbia Alhambra acompañado
Por cincuenta ginetes: vió disuelta
Y sumisa su hueste; acelerado
Siguió su marcha intrépida y resuelta,
Y encontró al rey Fernando con Tendilla
Y á sus valientes tercios de Castilla.

Confuso, sin aliento y aterido,
De su túnico negro ataviado (1)
Y el almaizar de púrpura ceñido;
Con nevado turbante, reclinado
Ante el monarca insigne, que dolido
Los brazos le tendia al desdichado,
Con eco pavoroso y balbuciente
Le dijo así rendido y reverente.

«Tuyos somos; Señor; tuyo es mi reino;
»Tuyos son sus palacios, sus primores,
»Que así lo quiere Alá, y que sea eterno
»Tu triunfo y tu dominio entre sus flores:
»De esta victoria con amor paterno

(1) *Traje de ceremonia de los Reyes Arabes.*

»Goza, gran Rey, templando tus rigores,
»Mientras yo pobre misero vencido,
»Mi trono miro y mi solar perdido.»

Dijo: y siguiendo la pradera herbosa,
Fué á saludar la Reina de Castilla,
Que en su linda hacanea presurosa
Llegaba por los llanos de la Armilla;
Y risueña apacible y cariñosa
Consoló al triste rey, que en su rencilla
Al alto del Padul llegó impaciente,
Dó lo esperaba su aflijida gente.

Y tornando la vista vió á Granada
Cual leve exalacion que lleva el viento,
Reina del mundo ayer, hoy humillada;
Y en el polvo postrado, y sin aliento
¡Dios es grande exclamó! y Aixa indignada,
«Llora como muger» con fiero acento
Le dijo «ya que inerte tu persona
«Defender no ha sabido tu corona» (1)

Y Boabdil cabalgó, y en su carrera
Con su fino acicate hirió á su alfana
Con tan récia pujanza, que ella altera
En la peña grabó brava y lozana
Su luciente herradura, y sin espera
Voló intrépida altiva rauda insana,
Y entre las quiebras del vecino monte
Se ocultó, trasponiendo el horizonte.

Y entre tanto con grata maravilla,
Los bravos campeones observaron
La insignia de la cruz que alzó Tendilla,
Y en Comarés sus huestes colocaron:
Y doblando gozosos la rodilla
La grandiosa conquista publicaron;
Rodando de Ismael hasta el profundo
La media luna que asombraba al mundo.

JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE.

ELOCUENCIA

ANTIGUA Y MODERNA.

(CONCLUSION.)

Si examinamos ahora la diferencia de civilizacion que existe entre la república griega, la romana y los estados modernos, se nos presentarán á la vista las causas que tanto distinguen su elocuencia de la que hoy conocemos. Desde que los

pueblos de Grecia libres del dominio tiránico de sus reyes, se constituyeron en repúblicas, vemos que empiezan á florecer las artes, la ciencia, la industria, y en fin, todo lo que contribuye á la grandeza de un estado. La paz, la guerra, las alianzas, todo se proponia al pueblo ateniense y este pueblo rey era quien decidia sobre asuntos de tanta importancia. Desde luego se advierte la grande influencia que tendria el poder de la palabra para decidir cualquiera cuestion; así es que la oratoria era considerada como el medio más poderoso para engrandecerse. Pero no era bastante presentar los argumentos con toda la solidéz posible, dirigirse á la razon con pruebas sólidas é incontestables; se necesitaba transmitir á aquel inmenso auditorio la compasion, el amor á la justicia, el entusiasmo patriótico: en una palabra, todas las pasiones de que se hallaban poseidos los oradores cuando subian á la tribuna pública. Estos hablaban en un espacioso recinto, trataban de asuntos interesantes para todos, y no tenían que guardar la estricta circunspeccion de los modernos. Pero vemos que frecuentemente abusaron de esta libertad hasta el punto de dirigirse los épitetos más injuriosos. Entre nosotros seria castigado con mucha justicia el que de esta manera traspasase los limites del decoro; entre los griegos no era así. Esquines hablando con Demóstenes, le dice hombre vicioso y malvado y le echa en cara su nacimiento. Demóstenes llama á su adversario con los nombres de calumniador é infame y se abandona al encono que le domina. Para el orador no era otra cosa la tribuna que un campo de batalla, ni veia más que estos dos extremos: ser vencedor ó vencido: saludado con ruidosos aplausos ó silbado y escarnecido por la multitud descontenta de sus proposiciones. En la plaza pública se concedian coronas de oro; pero tambien se dictaban leyes que imponian el ostracismo y la muerte.

La oratoria judicial participaba mucho del carácter enérgico y vigoroso de la política; así lo vemos en la mayor parte de los discursos que han llegado hasta nosotros. Andócides, defendiéndose contra la acusacion de Ceficios, invoca las sombras de sus antepasados; Lisias pinta con mucho color y movimiento, los crímenes que el gobierno de los treinta

(1) Aixa: la sultana madre del Rey Boabdil.

tiranos cometia en Atenas; y en la mayor parte de las acusaciones y defensas observamos el mismo calor y animacion. El areópago tribunal, el mas célebre de la Grecia, se componia de un gran número de miembros, y por tanto presentaba el carácter de una junta popular: aquí era mas permitido el lenguaje figurado de la pasion, que lo fué en el *forum* romano, y que lo es en los tribunales modernos. Se vé claramente que la oratoria judicial y la politica eran muy semejantes; aunque esta por su gran interés para todos los ciudadanos y por la trascendencia de los asuntos, requería mas fuego, mas vigor y animacion en el estilo, y mas profundidad en los pensamientos; caracteres que distinguen la elocuencia griega. En ninguna parte tuvo el orador campo tan vasto donde manifestar el poder que la palabra ejerce en los mas duros y obstinados corazones. Rodeado de un inmenso pueblo que se agitaba como las olas de un mar tumultuoso, frente á su adversario, y en presencia de sus amigos y enemigos, no podia menos de poner en juego cuantos recursos le ofrecian su instruccion y su talento para conseguir sus planes y alcanzar la victoria. Asi es que en casi todos los oradores griegos de alguna fama, vemos esos arranques apasionados y vehementes que constituyen el verdadero sublime de la elocuencia. Pisistrato y Pericles los tienen: el uno cuando recuerda á los atenienses las glorias de su pais, las héroicas acciones de sus antepasados; el otro cuando hace el elogio fúnebre de los guerreros muertos en defensa de la patria. Las arengas de Demóstenes parecen escritas con un buril de fuego. Esquines tambien es admirable en su oracion contra Demóstenes en el célebre proceso de la *Corona*. Esta oracion, producto de un gran talento y de un estudio profundo, nos asombra por la fuerza de sus razones y por la destreza con que se presentan en él todas las circunstancias que puedan ser de favorable efecto. Ya se dirige al entendimiento con pruebas sólidas, ya al corazon de los atenienses, hablándoles de sus héroes y poniéndoles ante la vista las sombras de los ciudadanos muertos en Queronea. Cuando leemos esta magnifica acusacion, nos parece imposible que pueda contestarse; pero Demóstenes lo hizo con otro discurso tan elocuente, ó mas aún, segun el pa-

recer de los criticos. ¡Tan grandes oradores produjo la Grecia, la escuela del mundo, que no es hoy ni aun sombra de lo que fuera en otros tiempos!

Los romanos, instruidos por los griegos, no hicieron otra cosa en la elocuencia, que en los demás generos de literatura: imitar á sus modelos, dar á su estilo mas correccion mas elegancia si se quiere; pero menos nervio, menos energia. Asi se observa en los discursos de Ciceron comparados con los de Demóstenes. Las circunstancias en que se hallaban los oradores romanos, son muy parecidas á las de sus maestros, aunque no tan favorables. El *forum*, como los tribunales griegos, estaba formado por muchos jueces: en él tambien habia la costumbre de llevar á los parientes del reo para implorar la clemencia de los que iban á decidir su causa, se hallaban en su propio lugar las declamaciones vehementes, y otras muchas cosas que no están admitidas entre nosotros. Aquí la retórica, más bien que la jurisprudencia, era el estudio de los que se dedicaban al foro; pues habia una clase de hombres llamados *prácticos*, cuyo oficio era suministrar al defensor de una causa los conocimientos necesarios en las leyes para aplicarlas al asunto de que se trataba. La elocuencia popular admitió mas movimiento y energia; pues el orador dirigiéndose á un auditorio numeroso é ignorante, procuraba más conmover el corazon y escitar las pasiones, que convencer el entendimiento con razones poderosas y lógicas. Pero no llegó jamás al grado de animacion que en la Grecia, porque en este pais el pueblo tenia mucho mas poder que tuvo nunca en la república romana. En la patria de Demóstenes, la decision del pueblo era una ley; en Roma, se hallaba modificada por otras causas. Además el genio de estas dos naciones era muy diferente; si los griegos se distinguen por su carácter voluble y apasionado, los romanos son conocidos mas bien por su gravedad y reflexion. El periodo brillante de su elocuencia fué corto; pues vemos que concluyó despues de Ciceron con el cambio de gobierno republicano en gobierno absoluto, donde todo estaba sujeto al capricho imperial. Y no podia suceder de otro modo; la elocuencia necesita campo donde manifestarse, donde desplegar su fuerza y sus colores, que convencen la inteligencia y cautivan

la voluntad de una manera irresistible. Y entonces ¿donde podia manifestarse la influencia de la palabra? ¿En las juntas populares? Ya no existian ¿En el senado? Este, envilecido ya y sin acordarse de su esplendor primero, no era otra cosa que un instrumento de los emperadores que decidian los negocios, no conformándose con las leyes establecidas, ni dirigiéndose por otra razon que su voluntad. Ellos reuniendo en si todas las dignidades, se abrogaron un poder sin limites: en el senado la mayor parte de los discursos que los miembros de él pronunciaban, eran torpes y serviles panegiricos, donde sin pudor alguno atribuian á los emperadores todas aquellas virtudes que estaban muy lejos de poseer. Finalmente, cuando esa espantosa corrupcion de costumbres, cuyo solo recuerdo nos muestra hasta que estado tan envilecido y abyecto pueden llegar las sociedades privadas de la benéfica luz del cristianismo, atrajo á las tribus guerreras del norte, que sobre las ruinas de la señora del mundo levantaron nuevos pueblos, la elocuencia se oscureció para no volver á lucir sino despues de muchos siglos.

Con la invasion de estos bárbaros perdió el hermoso idioma latino una gran parte de su armonia imitativa; pues ellos, poco sensibles á la música del lenguaje, aspiraban solamente á espresar sus pensamientos con toda exatitud y precision, desdeñando los adornos que tanta gala y frescura comunican al estilo. Despojaron tambien á los nombres de sus variadas terminaciones, y despreciando el estudio, siguieron las armas, única senda por donde en aquella época se podia conseguir poder y gloria. En la edad media, eran consideradas como prenda mas estimable el valor y la fuerza muscular que las brillantes dotes del espiritu. A esta edad de hierro puso fin la revolucion mas notable que acaso han visto los siglos. Hablo de las cruzadas, de esas guerras de religion en que la Europa entera animada por un mismo sentimiento se lanzó sobre el Asia para conquistar el Santo Sepulcro y la Cruz donde espiró el Redentor de los hombres. Las expediciones hechas con este objeto, contribuyeron poderosamente en beneficio de las luces; el Asia fué á un tiempo para las cruzadas un campo de batalla y una escuela en que aprendieron muchas artes útiles; así es que á su vuelta, la

Europa adelantó un gran paso en el camino de la civilizacion. No solo progresaron las artes, sino tambien la literatura y cuantas ciencias constituyen el saber humano. La Italia, poniéndose al frente de esta regeneracion, produce sus admirables poemas, y otras obras, ilustres monumentos de su gloria; pero no bastaba esto para dar á la elocuencia su esplendor perdido: era necesario, segun digimos antes, que esta tuviera campo donde manifestar el poder que ejerce en todos los corazones. Tuvo en efecto con la ereccion de Génova y Holanda en repúblicas, y de la mayor parte de los gobiernos monárquicos puros en representativos.

Mas la elocuencia moderna no puede compararse con la antigua en la nerviosa robustéz del lenguaje y en la escitacion de los afectos; sino que mas templada, más lógica y razonadora, se dirige á la inteligencia antes que á las pasiones: aspira mas bien á convencer nuestro entendimiento, que á subyugar nuestro corazon. Si en el parlamento que conocemos hoy pronunciase algun orador una arenga á estilo Demóstenes, desagradaria generalmente. Otro tanto puede decirse de la oratoria forense, cuyo carácter entre nosotros es la gravedad y la nobleza, unidas á una elegante sencillez. La antigua costumbre de dirigirse á los corazones de los jueces procurando conmoverlos con las suplicantes lágrimas de los parientes del reo, pasó ya: hoy el orador hablando á un tribunal severo, instruido y compuesto de pocos miembros, vé tan solo su defensa en las leyes examinadas á la luz de la sana razon. Constituidos de esta manera los tribunales, las pasiones tienen muy poco uso; así es que los movimientos oratorios de los antiguos no causarían ahora el mismo resultado que debieron producir en aquellos congresos. Los de hoy no son formados por la plebe ruda y apasionada; sino por las personas mas distinguidas de la nacion: y esta es una de las causas que nos dicen porqué la elocuencia ha seguido un rumbo tan diverso del que tomó en las repúblicas de Grecia y Roma. En España no es tan severa como en Francia, y particularmente en Inglaterra: los españoles, hijos de un clima más meridional, con más imaginacion y mas sensibles al poder de la armonia, admiten en sus discursos mayor gala y movimiento, aunque sin separarse

del carácter que en general ha seguido la oratoria en la época presente.

Tales son los rumbos que ha seguido la elocuencia, según la índole y varia civilización de los pueblos en que há sucesivamente florecido. Roma es un término medio entre la Grecia y los estados contemporáneos, en artes, en ciencias y literatura. Su progreso no es un progreso aislado, independiente; es un gran eslabón de la cadena que empieza en la infancia de los pueblos, y no terminará sino con el hombre.

NARCISO CAMPILLO.

Sevilla.

A MI QUERIDA SOBRINA ENRIQUETA
EN SUS DIAS.

Enriquetilla graciosa,
Planta hermosa
De inocencia y de candor,
Plegue á Dios, que de mi anhelo
Suba al cielo
La súplica y el fervor.

Aun eres niña, la pena
No envenena
Tu corazón infantil,
Aun sonríes inocente
Dulcemente
Entre las auras de Abril.

Aun no revelan tus ojos
Los enojos
De la revuelta pasión,
El alba de la pureza,
Su ternura
Difunde en tu corazón.

Eres tierna florecilla,
Que la orilla
Borda de arroyo fugaz,
¡Ay! que nunca la tormenta
Violenta,
Le impulse con furia audaz

Eres el ave, que inerme
Se aduerme
Dentro el nido, en el pensil,
¡Ay! nunca sobre tus galas
Sus alas
Remonte el milano vil.

Eres la ovejuela mansa
Que descansa
Bajo el calor maternal.
¡Ay! que del áspero risco
Al aprisco,
No salte hambriento el chacal.

Que la tormenta aleve
Troncha la flor.
Y el milano del ave,
Mata el primór
Y el chacal á la oveja
Llena de horror
Y en todo hay niña hermosa,
Pena y dolor.

¡Qué será del arroyo
Si no lo esmaltas!
Quién alegrara el nido
Si tú le faltas!
Quién goza en el aprisco
Si tu no saltas!
Flor, ave y ovejuela
Todo lo exaltas.

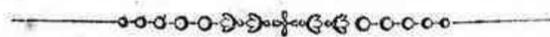
Selo siempre, niña hermosa,
fervorosa.
Pide á Dios, gracia y virtud,
Reza al ángel de tu guía,
Niña mía,
Que es la oración la salud.

Y cuando ruja el torrente
Inclemente
Y grazne el ave rapaz,
Y ahulle el chacal hambriento,
Ten aliento,
Y Dios te dará la paz.

Enriquetilla graciosa
Planta hermosa
De inocencia y de candor,
Plegue á Dios que de mi anhelo
Suba al cielo
La súplica y el fervor.

Tu tío,
NOLASCO.

Córdoba Julio 15 de 1860.



UN VIAGE DE PLACER.

(CONTINUACION.)

¡Ay! que desgraciada soy, contestó: y de todo ha tenido la culpa el último baile de máscaras y los consejos de Luisa... No señora le contesté ya amostazado: ni Luisa, ni el baile de máscaras tienen la culpa de todo esto; quien únicamente la tiene es Vd. que según parece, tiene los cascos á la gineta. Y lo que es á mí, tenga la bondad de dejarme en paz y no meterme en lo que no me importa... conque á quien Dios se las diere San Pedro se las bendiga, y bueno está lo bueno, y que no bayamos á pagar justos por pecadores.

En esto, pasó la noche, al amanecer, vimos pasear por junto á nosotros y adelantarnos una silla de posta tirada por cuatro caballos á toda brida. Un hombre de bastante mas edad que la de nuestra heroína, sacó la cabeza por la ventanilla, como para reconocer los que ibamos en la diligencia. Mi compañera lo conoció, y se estrechó contra el fondo de la berlina cubriéndose el rostro con el pañuelo... ¡Dios mio! mi marido! dijo... me va á matar... ¡Vd. es mi único recurso!!... Diga Vd. por Dios que me acompaña de órden de mi tia, la señora de... Señora le repliqué. Yo no acostumbro á mentir, y eso se descubriría al momento porque yo no estoy en antecedentes para poder seguir con buen éxito esta intriga.

En ese instante llegamos á la parada de Postas para mudar tiro. La silla, esperaba allí. El caballero que la ocupaba, bien vestido, con aire distinguido y sumamente serio, se acercó á la diligencia, ofreció la mano á la señora para bajar sin hablar una palabra; luego la dió el brazo y la condujo á su silla. Dió órden de cambiar el equipaje, y regresó hacia Madrid...

Pues señor... dije para mí: divertidos irán los viajeros... Y dando por terminada (por mi parte) la aventura, me detuve en el pueblo inmediato, y en la primera diligencia que hacia Madrid pasaba me volví á la corte... ¡Cosas de mundo!!...

Y volviendo á reanudar el hilo de nuestra interrumpida historia, continuaré

diciendo, que salí de Córdoba con mi compañera. Entablamos conversacion, se dió á conocer á mi, y yo á ella, me esplicó el objeto de su viaje, me dijo estaba casada con un gefe que se hallaba en Ultramar, y que vivia en Madrid, calle de... núm.... Era mi compañera de buenos modales, y tanto en su conversacion como en la clase de sociedad que al parecer frecuentaba, manifestaba ser persona distinguida y elegante en sus maneras; tiene muy buena pronunciacion castellana, y decia chocarle agradablemente el lenguaje, ocurrencias y buen humor de los Andaluces, galanteria de buen tono, que le agradeci.

Hace fresco: me dijo. Apresuráme á echar los cristales de la berlina, pero el uno no podia salir, y otro estaba roto. Entonces la propuse, que sino tenia inconveniente, en vez de los cristales, correria las persianas, lo que no me atrevia á hacer, sin prévia consulta, puesto que habia de quedar el coche completamente á oscuras. La proposicion fué aceptada, y las persianas corridas. A poco, se quitó el sombrero que le molestaba para recostarse: buscó una pañoleta para cubrirse la cabeza, la que no encontraba, pues estábamos como queda dicho á oscuras. Froté un fósforo, é hice luz, encendí luego una velita que nos dió el buen conductor Burrueso. ¡Pero, ó instinto natural! apenas se disiparon las tinieblas, en vez de empezar á buscar el pañuelo, que era el objeto de la iluminacion, por un movimiento espontáneo, se cruzaron nuestras miradas. Ella me miró, y yo la miré. Puedo asegurar, me dijo, que es la primera vez que veo á Vd. á derechas. A mi me ha pasado lo mismo señora... pero con una diferencia. ¿Cuál es? la distinta impresion que esta mirada en nosotros ha producido: porque Vd. se habrá quedado tan fresca, y yo por el contrario, he experimentado el placer de recrear tan agradablemente la vista. Hizo como que se ruborizó un poco, bajó los ojos, diciendo, gracias: galanterias de los Andaluces... Señora á los Andaluces como á todo el mundo, les gusta lo bueno, solo que los Andaluces no podemos resistir á decir lo que sentimos.

Y lo que no sienten, me contestó. Sea así, repuse: pero en caso bayase porque los madrileños no sienten ni lo que dicen ni lo que no dicen: No sé, dijo ella; no soy madrileña, nací en... N. ¡Jesus!...

que lejos... señora yo creí que lo mejor de ese país serían las minas de oro y de brillantes; pero ya veo que esas producciones son nada, en comparación de lo que observo. Ella sonrió; y colocándose la pañoleta de seda marrón bordada de colores, me significó, que podía apagar la vela.

Poco más hablamos de cosas indiferentes, y mi compañera prosaicamente, se durmió. Yo no lo hice en toda la noche, me entretuve en fumar, para lo que estaba de antemano autorizado.

Vino el nuevo día. La silla seguía rápidamente deslizándose sobre la carretera, y á poco divisamos las nuevas poblaciones de la Carolina y Santa Elena... Un recuerdo de gratitud, á la memoria del gran Rey... del virtuoso Señor D. Carlos III... Luego Despeñaperros... ¡El ruido y severo aspecto de la selva el desierto... La bajada de Despeñaperros es magnífica, y majestuosa. La soledad, el despoblado, la naturaleza, en todo su imponente esplendor... La mano laboriosa del hombre, no ha osado tocar en aquel sitio. La cabra-montés, el javalí, el lobo, habitan solo aquellas agrestes regiones... Es otro aspecto otro cielo. Tiene Sierra Morena cierta magestad sombría; su poesía especial. El alma participa de cierta emoción nueva y extraordinaria, al atravesar Sierra Morena, albergue en otro tiempo de famosos bandidos...

Las ventas de Cárdenas... la Mancha... con sus llanuras... su paralización... su tristeza... apenas se ven árboles, ni pájaros, ni agua. Sus pueblos pobres pardos y silenciosos forman raro contraste con los blancos y animados de Andalucía. El cielo, parece pesado y penoso, así como sus habitantes... Los molinos de viento... Los recuerdos en fin de D. Quijote... del pobre manco de Lepanto.

Manzanares, con su conocida ciega poetisa. Santa Cruz donde se venden navajas y ligas. Albacete con sus puñales. Valdepeñas con su buen vino frío y flojo, como sus productores. Pónganse juntos dos vasos de vino, uno de Málaga, y otro de Valdepeñas, y allí están las fotografías del andalúz y del manchego.

Luego Bailen con sus gratos recuerdos históricos! ¿qué español al pasar por Bailen no lanza una sonrisa de orgullo nacional? otra vez que por allí pasé, observé parados á un francés y á un anda-

luz, contemplando el modesto monumento que recuerda el grande hecho de armas. ¿qué piensa Vd. de eso, amigo? preguntó el primero al segundo. Este, volviéndose muy pausadamente á su interlocutor, mirándolo de arriba á bajo y arrojando una gran bocanada de humo por encima del embozo de la capa, contestó únicamente: ¿que quisté que iga? que en toas partes ze cuezen jabas.

Mi compañera y yo, hablamos de estas cosas, y así se pasó el día. Luego, como era consiguiente, apareció la noche, que poco más ó menos, se pasó como la anterior, con la diferencia de que yo dormí algo, y que mi compañera inadvertidamente, lo hizo sobre mi hombro: ocurrencia que por ella notada al despertar poco antes de Tembleque para tomar el camino de hierro, fué muy sentida y me pidió mil perdones. Tomamos el tren y á las ocho de la mañana siguiente, nos apeabamos en la Casa-correo de Madrid. Nos despedimos con los cumplidos de costumbre, y mi compañera en un *tres por ciento* se dirigió á su casa, y yo en otro, á la fonda de Embajadores.

VII.

MADRID.

Más valiera no hablar de Madrid, que hacerlo fría y pálidamente... cuánto y bueno no puede decirse de Madrid, ora se considere bajo el punto de vista político, ora describiendo sus costumbres, sus intrigas, ó sus misterios?

No es mi ánimo meterme en tales dibujos.

Solo me concretaré á decir, que permanecí allí quince días, que pasé muy agradablemente, gracias en parte, á la amabilidad de mis primos don T. S. y doña C. E. que no me permitieron permanecer en la fonda y me hospedaron en su casa.

Cuento en Madrid con bastantes y buenas relaciones, primer elemento indispensable, para pasarlo bien en la coronada villa. Madrid se va hermozeando extraordinariamente. Cada año se advierten notables adelantos en el aspecto público, y más aun en el progreso del lujo. Los trenes, las tiendas, los teatros y el vestir de las señoras, todo respira buen gusto y elegancia. No parece sino que allí todo es de valde. El que tiene gasta y el que no tiene también. Lucir y alternar es preciso. En nin-

guna parte se destrozan mas caballos ni se desesperan mas maridos que en Madrid.

Jóvenes masculinos: no os enamoreis en Madrid; y si os enamorais, no os caseis; y si os casais, ajustad bien la cuenta y Dios os la depare buena.

Madame Peral, y la Petit-bon, acababan de llegar de Paris... traen un surtido magnifico, y muy arreglado... los vestidos de brocado, á 300 duros son baratísimos. ¿Sabes Enrique? dice una elegante Vizcondesa á su marido, haciéndole un cariño. Enrique, hace como que no comprende... Pero es necesario acudir al momento, porque se lo quitan de las manos... ya se vé: como que son de valde... ¿Sabes que he mandado enganchar la carretela para las cuatro: iré con Ema que tiene muy buen gusto; y ya que pienso destinar el día á tiendas, de paso veré á la *Chavani* y á *Madame Camele*, para tomar unas capotas... No quiero dejar de ir hoy. Ayer, estuvieron la Duquesa de A., y la Condesa de F. y habrán tomado lo mejor.

Bien, muger lo que quieras... pero te advierto que nuestras rentas han bajado este año pues se ha perdido la cosecha en Andalucia... siento decírtelo, pero hoy no tengo dinero que darte...

Eso no importa... es igual, allí apuntan... ¡Si vieras el libro de la Peral!! Es de muy buen tono hallarse anotada en aquel libro...

(Se concluirá)

EL REY DE GUADIX.

Leyenda histórica.

(CONCLUSION.)

Por dos veces la hermosa primavera volvió á lucir con esplendor brillante sin que nada en el mundo se supiera de Luz Enriquez, la infeliz amante. Mas yo lector aconsejar quisiera que tuvieses paciencia un solo instante para que leas su fin y su tormento si ya no te has cansado con mi cuento.

Junto al lecho sonoro de aquel rio que riega los románticos vergeles del Eden andaluz, lugar sombrío sembrado de arrayanes y laureles, allí donde se viera el resto humbrío entre nardos, violetas y claveles, de Santi-Ponce y los fragmentos rudos que del grande Escipión fueron escudos.

Un gótico convento se dibuja entre el verde crespon del arbolado, cuya gentil labrada y bella aguja se eleva por el aire embalsamado; al lejano horizonte sobrepaja el que lo llena de un color violado pues el sol declinando al occidente baña en el mar la enrojecida frente.

La calma reina allí. Lento y profundo el viento gime en el desierto santo, y asi parecen ecos de otro mundo los misticos sonidos de su encanto. Nada turba el reposo moribundo de aquel asilo de espacion y llanto cuando de pronto funeral campana hiere el espacio con su voz liviana.

Triste pausada, vacilante suena cual despidiendo al espirante dia vagos sonidos de doliente pena, siniestra voz de luto y agonía. Y al turbar una tarde tan serena no se sabe si anuncia su armonía una plegaria que se eleva al cielo ó un alma que abandona nuestro suelo.

Mas era una señal de despedida para una humilde y pobre religiosa que iba á buscar al cielo mejor vida y su cuerpo á encerrar bajo una losa. En torno de su lecho estaba unida la santa grey doliente y dolorosa rezando las salmodias de la muerte con acento profundo ronco y fuerte. Ya se acercaba la terrible hora, cuando alzando la mano agonizante la monja, señaló á la superiora llamándola con eco suplicante. Llegóse á la infeliz, que encantadora estaba aun en tan tremendo instante y despues de abrazarla asi le dijo estrechando en su seno un crucifijo.

—Acercaos.... voy á morir; solo me queda un momento para cesar de sufrir. A lo que os voy á decir temo que me falte aliento.

Bajo la tumba que encierra al *padre* que me dió el ser, quiero me cubra la tierra. Si asi lo haceis, no me aterra tanto y tanto padecer.

Y cuando espire, señora, á mi *hermano* avisareis que ya ha llegado mi hora y que su perdon implora esta muger que aquí veis.

Hecho así, tranquila muero
y si el mundo se apiada
con sentimiento sincero
de *Luz Euriquez*, no quiero
si no la paz de la nada.

Adios, señora.... Mi vida
presa es ya de la agonía.

Ten piedad, virgen querida,
sé el ángel de mi partida...
Rogad por mi, madre mia.

Un silencio reinó por un instante
solemne, misterioso y sepulcral.
Un suspiro se oyó largo y vibrante
y un canto religioso y funeral.

Las campanas sonaron del convento
y al cabo de dos años de sufrir
en torno de una cruz jugaba el viento
con blando y melancólico gemir.

Era una tumba que la triste luna
alumbraba con pálido color,
de un padre y de una hija pobre cuna,
lecho de muerte, trono de dolor.

FIN.

TORCUATO TÁRRAGO.

DISCURSO

LEIDO

EN LA REUNION LITERARIA

del día 1.º de Julio de 1860.

EN CASA DEL SEÑOR CONDE DE TORRES-CABRERA

Señores: es la vez primera que me cabe la satisfacción de dirigirme á ustedes, y para proceder dignamente séame permitido ante todo dar un voto de gratitud y reconocimiento al Sr. Conde de Torres-Cabrera por haberme dispensado la señalada honra de asistir á sus reuniones literarias.

La ciudad de Córdoba capital que fué en tiempo del segundo imperio musulman; centro de la ilustración y cortesania de los árabes; que representó en Abderramán toda la plenitud de poderio y engrandecimiento; que con sus numerosas bibliotecas, escuelas y academias llegó á ser el santuario de la ciencia y de

las letras, templo de las artes y del buen gusto.

La ciudad de Córdoba que en tiempo del primer califa y tercer Abderramán ostentaba un lujo y una magnificencia que escedía á la de Roma cuando estuvo en su mayor gloria; que con el poder y las riquezas de este y con el amor á la justicia y á las letras de su hijo llegó á señalar el punto mas elevado de la civilización árabe, vino despues á caer en el mas completo anonadamiento, y mas tarde en los siglos posteriores ha estado sumida en el mas abyecto oscurantismo.

Córdoba, morada amena de orientales señores, ha quedado reducida á una triste mansion de recuerdos históricos. Sus tradiciones, patente revelación de lo que fué un día, es el único galardón que ha venido ofreciendo á sus amantes hijos. Sus escasos monumentos, pero obra maestra del arte, son los restos que aun conserva de aquella floreciente civilización, que respetados por la segur del tiempo, vienen á llenar una página brillante de su ya pasada historia. ¡Que fué de aquellas setenta escuelas y bibliotecas, de aquellas academias en que se controvertían las cuestiones mas importantes de filosofía y literatura, de aquellos establecimientos científicos que imprimiendo tan levantado vuelo á la agricultura, al comercio y á las artes llevaron á tan alto grado la gigantesca civilización de aquellos tiempos! Todo desapareció. Y si en alguna época de la historia ha vuelto á resonar su nombre en la república de las letras; si bien fué patria en sus primeros tiempos de los Sénecas y de Lucano, y mas tarde de Luis Góngora, y Juan de Mena; estos y otros hombres ilustres son como otros tantos oasis en medio del desierto. Si lanzó á Roma en los primeros siglos filósofos y poetas que fueron la gloria de su tiempo, si en edades fabulosas de su poderio musulmico contenía dentro de sus mu-

rallas poetas y sábios que elevaron la ciudad á la mas poderosa civilizada y floreciente de su época, si en los últimos siglos de la reconquista arrojó el genio de la guerra y en el de la restauracion de las letras, el de la poesia y luego ha dormido largo tiempo el modesto sueño de su ilustre ancianidad, la segunda mitad del siglo diez y nueve llama á sus puertas con el portentoso lávaro del vapor y la electricidad.

En nuestros dias que ha tomado la civilizacion un prodigioso vuelo; en esta feliz época en que todo recobra nuevo ser, nueva y mas lozana vida, no ha sido Córdoba por cierto á la que le ha cabido peor suerte. No habiendo pasado desapercibida la importancia de esta Capital y su provincia; ni tampoco el gran papel que está llamada á representar por la riqueza y feracidad de su suelo, han venido á favorecerla con los últimos adelantos que bien pueden constituir por si solos toda la gloria de nuestro siglo. Establecida la linea telegráfica, concluida una de ferro-carriles y otras muchas que están en proyecto, harase Córdoba una provincia de primer orden y pronto la tendremos erigida en emporio del comercio.

Sin embargo, convertida en centro mercantil despues de dar un poderoso impulso á la agricultura, á la industria y al comercio; aumentados los medios materiales de produccion, todavia dejaria verse una notable falta; todavia careceria de otros centros de ilustracion que aunados con la armonia de sus fuerzas vinieran á constituir el verdadero progreso. Su historia, su carácter, su necesidad reclama el cultivo de las letras, que es la espresion mas brillante de aquel y sobre todo que es la ecsigencia constante que con acento indefinible hace de nosotros la dorada cadena de doce siglos que eslabona Séneca en el 3º. y retuerce Mena en el 16. Para ello los establecimientos cien-

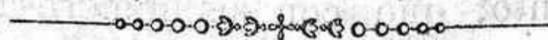
tíficos, las academias literarias que tan saludable y poderoso influjo han ejercido y ejercerán siempre en la civilizacion de todos los paises, es la mira principal á que deben encaminarse todos los cordobeses: y la necesidad de sus mejoras y adelantos, el punto de vista á que deben subordinarse todas sus acciones.

Así lo han reconocido algunos de sus mas caros hijos que han desplegado su notorio celo en pró de estas consideraciones. Concebido por el Sr. Baron de Fuente Quinto el feliz pensamiento de reunir á sus aventajados paisanos para con la cooperacion de todos dar un vigoroso impulso al cultivo de las ciencias y de las letras, llevalo á cabo en union con el Sr. Conde de Torres-Cabrera, abriendo este sus salones á los que para honor suyo se dedican al mas precioso ramo del saber, el de la literatura ámpliamente considerada.

Esta digna medida, adoptada por sus dignos autores y acatada por tan dignos seguidores, será un poderoso estímulo que mas tarde ha de ser fecundo en ópimos frutos y brillantes resultados. Paguemosles pues, un merecido tributo de reconocimiento, sin que por esto entiendan los involucrados sea un tributo á la adulacion ó á la lisonja.

Yo por mi parte, nada podré contribuir á la gloriosa obra de la restauracion literaria. Mi corta edad, mis escasísimas fuerzas serán obstáculo para adornar mi humilde vida con tan preciosos timbres. Muy al principio de mi carrera literaria, habiendo acabado recientemente de cursar el derecho romano en los dos años que su estudio comprende, poca materia podria ofrecer que á la vez de instructiva reuniese los atractivos dones del deleite.

FRANCISCO FERNANDEZ CHOROT.



A MI G...

Undoso Guadalquivir
Fértil y pintada vega,
Arboles que disteis sombra
A mi adorada Carmela,

Arboles á cuyo pié
Estuvo sentada ella
Mientras con una barilla
Hacia rayas en la arena.

Canoras y dulces aves
Que entre las ramas espesas
Con mil amorosos trinos
Le alhagábais en la siesta.

Corderillos que paciendo
Sana y abundante yerba
Bajábais de risco en risco
A beber en la ribera.

Y tú inocente pastor,
Que te admirastes al verla
Que la entonaste baladas
A la par de tus ovejías.

Yo tuve celos de todos
Los que la visteis de cerca
Con sus ojos azulados
Y su rubia cabellera.

Aun miro en estas orillas
Grabada su dulce huella
Y se duda al contemplarla
Que tal pié la sostuviera.

Aun miro las frescas rosas
Que adornaron su cabeza
Esparcidas por el suelo
Y abandonadas y secas.

Aun miro entre aquestos juncos
Que el Bétis fecundo riega
Piedras y conchas pintadas
Que fué su gusto cojerlas.

Aquí recuerdo las horas
De amor y delicias llenas;
Cuando risueños y alegres
Corrimos por la floresta.

Quando estuvimos los dos

Sentados en esta peña
Mirando la blanca luna
Cercada de mil estrellas.

La luna... que desde el cielo
Enamorada la viera
Con el pudor en su frente
Los ojos fijos en tierra.

La luna... que en esta noche
Sentado en la misma piedra
Al verla zurcar altiva
Cual antes la régia esfera,

Por mi pálido semblante
Se desmenuzan y ruedan
Lágrimas que ayer secó
La desdichada Carmela.

Aquí las gracias vagaron
En torno de su belleza
La brisa jugueteaba
Con sus faldas y sus trenzas.

El ancho Guadalquivir
Se detiene; la contempla
Y al mirarla tan hermosa
Tristes las aguas se alejan.

Mas... donde estás? do te ocultas?
Donde tus ojos se encuentran?
Do fueron ay los amores
Que ayer tu pecho escondiera?

Oh! vuelve vuelve á mis brazos
Vuelve luz de la ribera
Vuelve la vida á las flores
Que lloran mustias tu ausencia.

Ya las tristes avecillas
Por este sitio no vuelan
Ni saltan entre las ramas
Ni dulces trinos gorgean.

Ya los corderos balando
No bajan de breña en breña
Ni entona el jóven pastor
Su amorosa cantinela.

Ya las primorosas conchas
Que los juncos escondieran
Vuelve á ocultarlas el rio
Hasta que á la orilla vuelvas.

El sol, el aura, las flores

Todos te sienten y esperan
Pero es en vano pues nunca
Hacia la orilla te acercas.

Mas ay... que cual esas hojas
El céfiro se las lleva
Y jamás han de volver
Al árbol donde nacieran.

Cual estas aguas que bajan
Y que á mi Córdoba besan
Se sepultan en el mar
Do concluyen su existencia.

Asi fuistes; si; lo mismo
De entre mis brazos te alejas
Me diste sombra un momento
Cual esas hojas la dieran.

Te desprendistes del árbol
De los vientos fuiste presa
Y los vientos te llevaron
A que el polvo te cubriera.

Has muerto sí, dueño mio
Por esas regiones vuelas
Cercada de mil querubes
Que á su señor te presentan.

Llevas la palma en tus manos
De la virtud é inocencia
La corona virginal
Que tegistes en la tierra.

El corazon de un amante
Donde tu imagen se encierra
Y los ardientes suspiros
Que los céfiros te llevan.

Ah! lloremos avecillas
Lloremos su infausta pérdida
Y cúbrase de quebranto
Con nuestros ayes la vega,

Y... tu mi Dios, ya que aqui
No me permites el verla
Abreme la tumba fria
Donde mi Cármen la tenga.

A. FERNANDEZ.

11 de Julio 1860.

A UNOS OJOS NEGROS.

En los mágicos ensueños
De mi ardiente fantasia,

Cuando la noche sombría
Nos envuelve en su crespón,
Una muger, un arcángel,
Viene á calmar mis enojos:
Yo solo veo en sus ojos,
Y adoro su corazón.
Negros son como mi suerte,
Negros como mi tormento;
Son mi Dios, mi pensamiento,
Un bálsamo á mi dolor.
Son míos, sueño con ellos,
Los bendigo, los adoro,
Son un precioso tesoro
De esperanzas y de amor.
Si esos ojos con mis ojos,
Y tu aliento con mi aliento,
Respirára yo un momento
En un florido jardín,
Grato sueño de deleite
Virgen mia entonces fuera
Esta sentida quimera...
Tuvieran mis penas fin.
Si esos ojos hechiceros
Seguros llamara míos,
Aun cuando en mis desvarios
Estasiado lo creí.
Ay mi bien! yo te lo juro,
Fuera el mortal mas dichoso;
Y siempre, siempre afanoso,
Solo viviera por ti.
Por eso yo en mis canciones
Bendigo la blanca estrella
Que me hizo verte tan bella
En mi agudo padecer,
Y lanzo al viento mis quejas
Con la mente entristecida,
Por tí, vida de mi vida;
Cuando no te puedo ver.

JOSÉ LOPEZ DE LA VEGA.

Santiago 1860.

CHARADA.

Si el impetu no refrenas
de la tercera segunda,
será tu vida fecunda
en amarguras y penas.
Circulará por tus venas
un fuego horrible, infernal,
y no hallarás, no, mortal,
al término de esta vida,
prima cuarta, ni cabida
en el todo celestial.

Solucion á la charada insertas
en nuestro número anterior.

ANASTASIA.

Editor y administrador, ANTONIO MARQUEZ.

CORDOBA. — 1860.

Imp. y Lit. de D. Fausto Garcia Tena.